

Retratos de pasión

Rebeca Monroy

Luis Jorge Gallegos, *Autorretratos del fotoperiodismo mexicano. 23 testimonios*, México, FCE, 2011.

Los 23 testimonios que reúne en este libro el fotógrafo (ahora escritor) Luis Jorge Gallegos es una muestra palpable de la necesidad de documentar los andares de la fotografía de prensa en la segunda mitad del siglo pasado. Una necesidad que responde en gran medida, a un autorreconocimiento y a la recapitulación de una profesión que merece mucho más crédito y dignificación de propios y extraños.

Ya Antonio Rodríguez lo había iniciado en los años cuarenta de aquel siglo, pero se quedó en ciernes, pues él sentó los prolegómenos, pero pocos, muy pocos, siguieron su ejemplar trabajo que ahora se concreta en el libro de Rebeca Monroy Nasr, *Ases de la cámara: textos sobre fotografía mexicana*, México, INAH, 2010, 304 pp. La presencia del texto de John Mraz y Ariel Arnal sobre el *Nuevo fotoperiodismo mexicano*,¹ dio un vuelco al abandono de muchos años en que se tuvo a esas figuras sus-

tanciales de nuestra historia: los reporteros gráficos que se la juegan en el día a día de la noticia y el reportaje en acción. Con este libro tenemos un acercamiento sustancial al quehacer de los reporteros que transformaron la manera de publicar y ver en nuestro país. Ahora es un texto clásico y referencia obligada para cualquier estudioso del tema, pero han pasado 15 años desde su publicación. Otros materiales reforzaron de una u otra forma la necesidad de recuperar esa experiencia colectiva y para ello encontramos aquel bien formado libro coordinado por Luisa Lucuix, publicado por La Fábrica en 2010, el cual presenta *Conversaciones con fotógrafos* entre los que se encuentran la multipremiada Graciela Iturbide, junto con otros cinco fotógrafos europeos. Y también está el realizado por el catalán Claudi Carreras en 2007, él aparece como entrevistador y Ernesto Peñaloza como fotógrafo retratista de los 22 participantes que forman parte de tres generaciones de usuarios de la cámara de diferentes géneros estilísticos: desde el documental, de prensa, imagen construida, intimista y fotografía de autor, por enmarcarlos en alguna categoría más o menos comprensible.

Es decir, estamos ante la documentación colectiva de nuestros creadores más fecundos y presen-

tes en la fotohistoria contemporánea mexicana. Reitero, me parece que responde a la necesidad de sabernos y conocernos, de poder visualizar el quehacer de los constructores de imágenes desde diferentes perspectivas, además de hacer un serio intento por avanzar en la historia generacional y complementar las monografías que tanta falta hacen.

Así, el trabajo que publica ahora Luis Jorge Gallegos viene a fortificar esa condición de informador que reviste su vida, y desde la palabra y con la imagen devela la presencia de cuatro generaciones de fotógrafos que él ubica dentro del fotoperiodismo mexicano de mediados a finales de siglo (Aurelio del los Reyes ubicó otras cuatro generaciones anteriores al primer medio siglo XX en el prólogo al libro *Ases de la cámara...*). Otras cuatro son las que, para él, responden más a el concepto de generación no sólo por la edad sino por el contexto, el estilo, las propuestas, los problemas y las soluciones que han presentado cada uno en el medio impreso para el que han trabajado. Y aunque no se sabe bien a bien cómo eligió y por qué unos sí y otros no, lo importante es que casi todos ellos mantienen una serie de referentes semejantes que probablemente fueron los elementos que lo lleva-

¹ John Mraz, *La mirada inquieta. Nuevo fotoperiodismo mexicano: 1976-1996*, México, Centro de la Imagen-Conaculta, 1996.

ron a elegirlos para brindar sus testimonios. Son tan sólo veintitrés las que vienen a dar muestras de los rasgos que los acercan y de otros que los determinan generacionalmente.

A saber, se encuentran estos fotógrafos tejidos por los hilos de la pasión, el interés, la forja, la independencia, la integridad, el deseo de informar, la mirada libidinizada, el andar por el mundo, el compromiso ante todo, el reto como figura de acción, la captura de lo inusual como reto y el disfrute. Y el que casi todos fueron invitados por la acción paterna o materna a la fotografía, un regalo casual.

Las entrevistas son dirigidas, es decir, parten de un formato previo y con ello el autor Luis Jorge Gallegos logra dar cuenta de una serie de elementos que responden en común, aunque permite el aire suficiente para que se desdoblén otros elementos que surgen en la charla y aprovecha para colocarlos en la mesa de la historia fotográfica.

Es el caso de cuando se hacen evidentes las diferencias, algunas generacionales, que se revelan en lo que narran sobre las maneras de actuar ante los acontecimientos, frente a los medios, a las demandas del editor; la necesidad de abrirse brecha en el entorno nacional, al pelear el tener una voz y una opinión en cuanto a los pies de foto y la redacción del artículo, las formas visuales respondían también en un inicio a un acuerdo de identidad nacional que después se transformó. También podemos observar en las entrevistas que las formas de conceptualización son diferentes. Por ejemplo, los de la

primera y segunda generación son más empíricos, con una educación visual individualizada, con luchas personales con los editores, con problemas que debían solucionar por su cuenta y riesgo, así como las propuestas estéticas que los hacían pelear de manera más bien personal que por el medio editorial en el que participaban. En esta generación destacan Walter Reuter, Faustino Mayo, Julio Mayo, hijos directos de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Civil española. Por su parte los mexicanos Enrique Bordes Mangel, Héctor García, Enrique Metinides y Rodrigo Moya, que destacan por su amor al México en construcción, por sacarlo de la corrupción y el abandono político y social, pero también visual. Son luchadores de tiempo completo que, muchos de ellos sí expusieron la vida por la foto. A excepción de Francisco Patiño, que trabajó con gusto para el Estado mexicano, en especial con el siempre eterno líder obrero Fidel Velázquez.

Los más jóvenes y los de las tercera y cuarta generación del siglo XX, los finiseculares, están formados y educados la gran mayoría en escuelas superiores, con estudios en diversas disciplinas, son más conocedores de una cultura visual universal, sobre todo los de la tercera y cuarta generación, desde Aarón Sánchez, Christa Cowrie, Pedro Valtierra, Omar Torres, Marco Antonio Cruz, Elsa Medina, Francisco Mata, Frida Hartz, Raúl Ortega, Eniac Martínez. En éstos hay un interés claro por el trabajo colectivo, y aunque predominan las personalidades fuertes de cada uno de ellos, impera un espíritu de la

época, del trabajo en equipo, son hijos del 68, no partícipes como los anteriores, pero sienten más un compromiso moral e ideológico clarísimo con las causas sociales. Pero en las entrevistas es factible ver que lo colectivo no siempre funcionó y que incluso lo ideológico los separó (aun teniendo intenciones semejantes y comprendiendo la foto como un medio para llegar a un determinado fin), no los cohesionó lo suficiente para mantenerse en un mismo medio y buscaron, cada uno a su modo, sobrevivir de lo que más aman en la vida profesional, que es su cámara y el acto de fotografiar. Ése es su verbo... a la par de mantenerse congruentes con sus convicciones sociales y políticas. No es de poca monta lo que se puso en juego y lograron que el periodismo mexicano tuviese un giro importante y destellase en el firmamento mundial de la fotografía periodística y documental. En este caso sería básicamente Sergio Dorantes quien se distinguiría por buscar otras vetas como forma de vida más allá de las fronteras nacionales. Muchos de ellos son los que trabajaron desde los años setenta y ochenta en los medios alternativos de información y aquí nos enteramos a detalle de algunos de los problemas suscitados en el interior de las organizaciones de estos diarios, con intereses colectivos y de izquierda más acentuados.

En el caso de los jóvenes de la cuarta generación es notable, por un lado, una individualización acentuada por el interés de traspasar fronteras como son los casos de Víctor Mendiola, Daniel Aguilar, Darío López y Ernesto Ramírez. También es evidente el interés por

el trabajo con agencias internacionales que es una de las vetas que les permite arribar de manera más clara a nuevos horizontes económicos, pero también de mejores condiciones de vida y laborales, con la posibilidad de internacionalizar su trabajo.

Destaca el interés del autor Luis Jorge Gallegos por mostrar otras caras de la moneda y no sólo una, aunque de botón de muestra de lo diferente sólo hay, básicamente dos casos: Dorantes y Patiño, y predomina el interés en el fotógrafo por entrevistar a ciertos fotógrafos de los medios más reconocidos por su renovación en el discurso visual de *La Jornada*, *Unomásuno* y *Proceso*.

Por otro lado, gracias a la información vertida por Luis Jorge es factible ver que entre los fotógrafos la media de la edad promedio para iniciarse en el trabajo fotográfico es entre 21 y 23, el más joven empezó a los doce y fue Enrique Metinides, seguido de Francisco Patiño de catorce, ambos fotógrafos de la primera generación. El mayor en iniciarse es Sergio Dorantes de 31, seguido por Eniac Martínez y Elsa Medina que empezaron a los 28 años. Interesante el rango en los mayores de la primera generación, pues eran los que aprendían el oficio de mano en mano, de familia en familia, de historia oral al laboratorio. Los otros tuvieron intereses profesionales diversos antes de arribar a la fotografía pero en otros medios igual de intensos que la imagen captada con luz: vinculados al automovilismo, a la música, al arte y al diseño gráfico.

Es interesante ver las modificaciones dadas con el paso del tiempo,

los más jóvenes ya lograron becas de creadores que les facilitó el aprendizaje y la experimentación con otros materiales y les permitió vivir con un producto creado, financiado y sin tener que andar corriendo para sobrevivir. También hay otros plétóricos de premios que muestran un poco más el beneficio del trabajo cotidiano. Sin embargo, hay quienes declaran la necesidad de recibir *el chayote* o *el embute*, por el simple hecho de que no les alcanza el dinero cobrado, por lo general son los de la antigua guardia.

La lección de este libro, vinculado al de *Ases de la cámara...*, es la de un oficio que aún no es reconocido en su plenitud, que a pesar de que algunos de los medios son más democráticos que los de la primera mitad del siglo XX, el fotógrafo de prensa sigue siendo un instrumento para colocar imágenes en las planas de un diario que es una “empresa”; a veces más querido o mejor tratado. Sin embargo, se percibe un gran vacío en ese reconocimiento no sólo profesional sino económico, pues todavía se observa que no es un trabajo bien remunerado, ni apoyado en su esfuerzo y profesionalización, que requiere de pasión, sí, pero también de mucha entrega para que algo salga de manera “decente” o viable en la plana. En el sentido estético, muchos de ellos lo conciben como algo natural en la imagen, otros no lo evalúan y los más procuran una proporción en la mirada, en la composición una propuesta que haga más visible y notable la noticia por la que llegaron al evento. Encuadres cada vez más atrevidos, composiciones más reveladoras, formas acordes al contenido

para revelarle al espectador una nueva noticia. Son los más jóvenes los que coinciden en la falta de una clara propuesta actual.

Este material, que ahora nos presenta en su edición el Fondo de Cultura Económica, tiene un sinnúmero de elementos a revisar, los medios, los editores, los directores, las tendencias ideológicas, los colectivos, las agencias, los libros de autor, cada uno de estos fotógrafos de prensa y documentalistas dan para un libro, por sí mismos, las monografías de cada uno darían grandes haces de luz sobre la labor que parece tan reconfortante, pero que también tiene un aroma de frustración constante por el maltrato y la poca valorización a la profesión. Destaca la pregunta que les hace a cada uno sobre “la mujer en la fotografía”. La mayor parte de los compañeros muestra su gusto y su interés por que trabajen, por que se incluyan, por que no notan diferencias de género en la mirada, pero a pregunta expresa de Frida Hartz podemos notar que ha tenido que fajarse la falda para mantenerse firme en un mundo eminentemente masculino. Lo mismo Elsa Medina que sin mostrar que ha sentido diferencias, en su discurso se escucha la definición de vida que tuvo que tomar “entre al fotoperiodismo y un hijo y una vida hecha...”. Ninguno de los otros compañeros se lo planteó así, al contrario, como se saben cabeza de familia y proveedores, su papel es ése, y no el cuidado materno. Luego, desde la clara postura de que son 20 entrevistados hombres y tres mujeres, observamos que es una profesión eminentemente masculina, que ha

dado importantes pasos para las mujeres pero que aun así le falta mucho a la sociedad en su conjunto para comprender el papel de la mujer trabajadora, madre y proveedora, y mucho más para la ¡fotoperiodista! No se ha forjado una estructura del Estado que sostenga un trabajo así. Y todavía es necesario evaluar su mirada.

De lo que hizo falta, además de algunos fotógrafos de los que tenemos noticia en su andar y de su importancia en su época, fue enfatizar a pregunta expresa sobre la técnica de materiales utilizados: las cámaras favoritas, las lentes, el tipo de película, formatos preferidos, los reveladores, las técnicas de laboratorio, como el forzar el revelador, el tipo de papeles (fibra o resina), las ampliadoras, entre otros, pues con ello tendríamos un

abánico de las formas y usos de esos materiales y equipos de la segunda mitad del siglo XX mexicano, así como de los cambios de los medios y la adaptación de los fotógrafos a las nuevas tecnologías.

El factor común que pudo llevar a Luis Jorge Gallegos consciente o no de ello, es el hecho de que todos están en la fotografía analógica o digital por su pasión a la imagen, a informar, a ser honestos, a cuidar sus materiales con las limitaciones que tienen, y sobre todo por el compromiso que han adquirido consigo mismos. Éste es el trasfondo más claro, son profundamente amantes de su trabajo y su disciplina, de su profesión y aunque los más jóvenes no dejarían su vida por una foto, como bien lo confiesan, todos, sí, todos ellos manifiestan que la fotografía es su vida, sea como fuere, el

vínculo está dado. Conquistados por la imagen, viven para ésta y en su diario andar dejan su indeleble huella tráfuga, que hoy cobra permanencia gracias a este libro de Luis Jorge Gallegos, fotógrafo-escritor-historiador, quien busca una identidad que profesionalizar y mostrarle al mundo lo importante que es el oficio y el arte de fotografiar lo instantáneo, la noticia, el evento. Como subraya Darío López “[...] por un lado [la fotografía] es mi trabajo, mi amor, mi arte, mi oficio; es mi gran frustración y mi gran alegría”. En este libro, sí encontramos *23 Autorretratos del fotoperiodismo mexicano...*, diversos, semejantes, dislocados, premeditados, analíticos, inconclusos, pero todos ellos, todos... contundentes, pues son retratos de una fuerte y decidida pasión.